

EL PESCADOR

E

El hombre ajustó la carnada, revisó la *boya* y lanzó el anzuelo al recodo del río. Lo vio hundirse mientras el agua formaba suaves círculos que se iban agrandando hasta desaparecer en diminutas olas contra el barranco moviendo lentamente las hierbas de la orilla. Vio la *boya* deslizarse suavemente como barquito de papel, danzando sobre los pequeños remolinos que formaba el río en el meandro. No estaba muy esperanzado, pues había ido a pescar más por vicio que por no pasar el plato de la tarde con el arroz vacío. Todo estaba tan mal, tan deteriorado, que los grandes peces eran cosa del pasado. Si acaso cogía algo, serían unas cuantas *cheritas*; las últimas lágrimas de vida de la corriente.

Cuando la *boya* empezó a dar brinquetes de amagues de zambullida, indicando que un pez merodeaba el anzuelo, sintió alegría de sobresalto. El pez estaba picando. La tarde le pareció llena de buena suerte y su desesperanza se fue al saco del olvido. Vio la *boya* hun-

dirse lentamente hasta desaparecer en el fondo del río, y sintió en sus callos el deslizarse del cordel mientras soltaba un chorro de humo por el lado del tabaco que apretaban suavemente sus labios. Con movimiento rápido de una mano sin soltar el cordel, se quitó el sombrero *conchaejobo* para evitar que se le cayera al río. Por el tirón del cordel supo que el pez era grande, y le dio largo al nailon para estar seguro de su presa. Entonces tensó fuerte y sus músculos de leñador sintieron que algo muy pesado estaba allá abajo atragantado con el anzuelo. Las quijadas se le templaron y el tabaco quedó aplastado bajo el peso de los dientes. De pie sobre el barranco, empezó a cobrar, a cobrar, y un escalofrío extraño le azotó todo el cuerpo. El cordel parecía que se hubiese vuelto infinito. Los ojos se le abultaron cuando no apareció el hermoso bagre que había pensado; de grandes bigotes y ojos amarillos como los tenía ahora él cuando vio salir, al final del cordel, una enorme canoa atestada de pasajeros, bultos, marranos y perros tigreros que

Por Antonio María Cardona

Escritor y antropólogo cordobés

DE LA TARDE

los pasajeros llevaban. Estuvo a punto de soltar el sedal y salir despavorido, pero se aguantó. Todos los viajeros eran seres transparentes de miradas largas. Podía ver perfectamente a través de ellos los troncos que a lo lejos arrastraba el río. Identificó de inmediato a todos los extraños viajeros: al Negro Emiliano que le alegraba la vida con sus manos de tambor y sus pies de bailador, a su comadre Petrona y sus tres hijos barrigones. También estaba el cojo Francisco que le ganó todas las peleas de gallo. El desgraciado del Inspector que lo había puesto preso por desvirgar a una doncella enamorada. Recordó que todos esos seres traslúcidos se habían ahogado en el Remolino del Diablo en la última creciente. No se asustó como para correr, pero gotas de sudor helado le recorrían el surco de las espaldas, los vellos del cuerpo se le erizaron como saño acorralado. Se santiguó. Chupó fuerte el humo del tabaco para darse ánimo, y le dio largo al cordel. La canoa se fue hundiendo

lentamente hasta desaparecer en la turbulencia del río. Se secó el sudor de la cara con el canto de su vieja camisa. El río y la tarde seguían allí como si nada, pero algo seguía picando en el anzuelo. No supo que hacer, titubeó, pero una fuerza desconocida más allá de su temor le hizo cobrar de nuevo la cuerda; ahora el anzuelo mostraba el par de botas altas tacón cubano, como las del almacén de Tierralta que nunca pudo comprar. Después apareció el gallo giro con su plumaje reluciente y una larga espuela envenenada atravesándole el pescuezo. Pero allá dentro de sí, detrás de sus oídos, oía su canto mañanero endulzando el tinto amargo de todos los días. Sacó también la hamaca de fibra de tallo de plátano que el mismo había trenzado, y en la que llevó a su primera mujer picada de culebra, y que murió en el camino. Siquiera ella no apareció, porque se le hubiera arruinado el alma y quizás se hubiera ido llorando con ella. No, su mujer no estaba, pero sí la hamaca con una enor-

me serpiente que se retorció sobre sí misma engulléndose la hamaca. Sacó, sacó, sacó la pala cuyo mango no era de mangle, si no de cristal rosado con la que había enterrado a cada uno de sus hijos asesinados en la masacre del silencio. Cada jalón de cordel le mostraba algo: la motosierra larga del colono llorando en su dentadura la savia de los árboles cortados, el pato cenizo que sirvió a sus amigos en el bautizo de la Mariela; la jaula de varita de palma que en vez de mochuelos trinadores apresaba piedras negras que no cantaban. La tierra que las vacas de Don Carlos le quitaron con una jauría de perros verdes, la escoba de *escubilla* de barrer el patio y la infame miseria. También pescó dos lágrimas que lloraban solas, las mismas que vio en los párpados de su segunda mujer el día que trajeron al hijo mayor envuelto en la bandera de la patria, porque era soldado y lo mató la guerrilla en el último asalto de un pueblo de olvido. Sacó además el taburete de cuero donde murió la tía Jacinta fumando tabaco y espantando los perros.

Ahora tiraba suavemente del cordel tratando de adivinar la próxima cosa que iba a pescar. Seguro que primero saco la camisa roja que lucí en la corraleja de Ciénaga de Oro y chorreé de esperma bailando fandango toda la noche con la buena de la Mercedes, o el par de abarcas nuevecitas que dejé en la casa de mi comadre Teresa, cuando oí el resoplido del mulo cerrero que siempre montaba el compadre Daniel Dorado, y las malditas abarcas sirvieron para que me macheteara con él el domingo siguiente en la plaza del mercado, y tener la desgracia de matarlo cuando era yo el que debería de estar muerto. Que absurda es la vida —pensó— la justicia no es siempre para el que la debe. Pero fue una pelea limpia, y eso todo el mundo la sabe. Nadie, ni siquiera el desgraciado del inspector se atrevió a meterse. Era cuestión de honor. Y fue entonces cuando paró de tirar el cordel y se fue caminando despacio para su rancho con la cabeza gacha y mascan-

do el pucho de tabaco para quitarse el amargor de la lengua y la resequeidad en la garganta, pues no quería ver los ojos de su compadre Daniel Dorado gritándole en plena plaza; “Prepárese compadre que lo voy a matar. Usted no respetó el sacramento. Usted se comió a mi mujer”.

**Que mierda la del
pobre —pensó—.
Ya uno no pesca
nada... sino recuerdos.**

Glosario

Boya. A diferencia de los esféricos y grandes flotadores utilizados para la pesca marina, los campesinos costeos usan un pequeño flotador de balso o de corcho adherido al cordel, que permite mantener el anzuelo a la profundidad deseada; esto, porque en el fondo de las ciénagas, de los ríos y las quebradas crecen algunas plantas acuáticas o se forman empalizadas por el arrastre de las aguas que pueden enredar los anzuelos.

Cheritas, diminutivo de chere; localismo cordobés de origen zenú relativo a peces muy pequeños e insignificantes. *Escubilla,* planta silvestre muy ramificada de gran dureza y flexibilidad, utilizada en el campo para hacer escobas. *Conchadejobero,* contracción costea de concha de hobo; nombre de un sombrero común de los labriegos costeos.

Foto: Raí Ricardo Llinás P.



MAREA LA DIOSA QUE VINO DEL MAR

Llegó del mar como la brisa en una mañana de alcatraces voladores. El Cielo estaba limpio, sólo una borealidad plateada anunciaba a lo lejos que por allí saldría el sol. Una niebla producida por el oleaje opacaba las palmeras de la playa y daba a las casas de corrales de palma de coco un color indefinido.

Emergió del mar en una madreperla enorme que con el vaivén de las olas veló como una batahola perdida hasta clavarse suavemente en la arena. Abrió sus pétalos nacarados como mirando siempre al naciente sol de los manglares. Escupió a una mujer morena de cabellos de corales rojos que como una enredadera se abrazaban a los hombros desnudos y se desgajaban por el valle de las espaldas hasta abultarse allá donde las miradas de los hombres identifican a las buenas hembras. Un manojo de ensortijados corales negros adornaba la montaña donde nace la vida. De ojos brillantes como la mañana que producían una mirada apacible que nos rayaba los catorce eneros. Movía los brazos y las caderas como las olas.

Trajo consigo un olor a rémoras y medusas cristalinas que con las primeras brisas del norte que llegaron esa mañana se fue esparciendo por toda la playa impregnando cada grano de arena. Penetró las palmeras y se disipó en el aleteo de las gaviotas y los alcatraces que lo llevaron al cielo. Ese olor se fue extendiendo de costa a costa y las nubes lo arrastraron hasta las altas montañas continente adentro. Era un olor excitante que trastocó a los pescadores de chinchorro, a los recogedores de coco, a los cultivadores de malanga y hasta los jugadores de dominó dejaron de rodar la suerte de Etelvina la negra más hermosa de las playas del Viento que desde noches atrás se la disputaban al azar de las fichas.

Dejaron las botellas de ron y se fueron enmudecidos detrás de ese olor encantador. Los chinchorreros remaron sus cayucos hacia donde nacía el viento con olor a mujer marina. Se fueron conglomerando como asombrados donde la madreperla gigante jugaba con la brisa.

Alguien dijo que era una sirena perdida de la Isla del Coral. Otro que era la Diosa del Mar de los Sargazos.

Todos los negros de dorso desnudo quedaron anclados en la arena, embriados ante aquella criatura de belleza nunca conocida. Estaban allí sin que nadie los llamara, mientras las mujeres en las casas cargaron a los niños y lloraron por adelantado la ausencia de sus hombres. Los perros las gallinas, los cerdos y todos los animales de tierra empezaron a copular en todas partes formando un alboroto al son del viento.

Marea estaba sentada en la playa de arena gris jugueteando con caracoles diminutos como si nadie la estuviera viendo.

Su cuerpo despedía ese olor profundo y triste que seguía inquietando a los hombres, hasta volverlos jadeantes de respiración profunda.

El sol bebió del mar mientras dejaba diluir su tibieza entre las palmeras y mangles infinitos de la orilla.

Marea alzó sus ojos color de mar dormido y los hombres se llenaron del letargo inmemorial del deseo. Las olas entonaban una melodía de ocarina de otros mares, y allí, estáticos, paralizados, suspirando hondo, los hombres vivían la intemporalidad de los sueños reales. Ella, Marea, la diosa que vino del mar, susurraba una canción triste como el canto de las olas. Luego sin mediar palabra, el aliento de sus ojos agua marina se fue posando en cada hombre que como estatuas de silencio la miraban más allá de los suspiros. Era como si hablara y ordenara con esos ojos. Tres de los más jóvenes se desclavaron de la arena y caminaron hacia ella con la tranquilidad de las tortugas. Otros hombres seguían llegando, hasta Leoncio que nunca dejaba su tambor, llegó con él.

Lo acomodó en la arena y empezó a sonar el cuero acompasando el canto del mar. Uno a uno los fue poseyendo

a ritmo de tambor y mar. Se revolcó con ellos en esa playa de troncos viejos, besaron la espuma del agua con sus cuerpos. Los amó juntos y por separado hasta que los chorlitos anunciaron la llegada de la tarde.

Cuando el sol se desparramó sobre el horizonte susurrándole al mar por última vez, la madreperla gigante movió sus conchas nacaradas en señal de partida. Tres jóvenes con cara inmensa de alegría decían adiós a los suyos.

La madreperla se hundió en el mar.

No hablaron, pues todos eran conscientes de lo que habían visto y habían sentido. Y desde esa vez, las brisas de enero les trae el recrudecimiento de la enfermedad de la tristeza que se les pegó para siempre en sus almas, como se pegan las rémoras a los barcos viejos y sólo se les mitiga cuando suena el tambor de Leoncio.



Foto: Rafael González

PRESAGIOS DE SOL (La fiera marina)

Zarparon esa mañana bien temprano con el trasnocho todavía en sus cuerpos. Su misión era sencilla pues la hacían de vez en cuando y escogían esos días de descanso cuando la pesca era escasa.

Un domingo cualquiera de febrero, de mareas suaves y playas salpicadas de presagios de sol, bordearon la costa cuando ya los gallos no cantaban y los últimos turistas de la temporada decían adiós a la mar. El trayecto era corto: de Coveñas a Tolú, y en una rápida embarcación volverían pronto a tirar sus cuerpos en las hamacas de penca de plátano y a soñar con pargos gigantes hasta que el tambor de Leoncio los despertara para volver a la rumba hasta que sus pies y sus espíritus no pudieran más. Pero ese día de amagos de buen sol, el día les tenía deparado la sorpresa más grande de sus vidas.

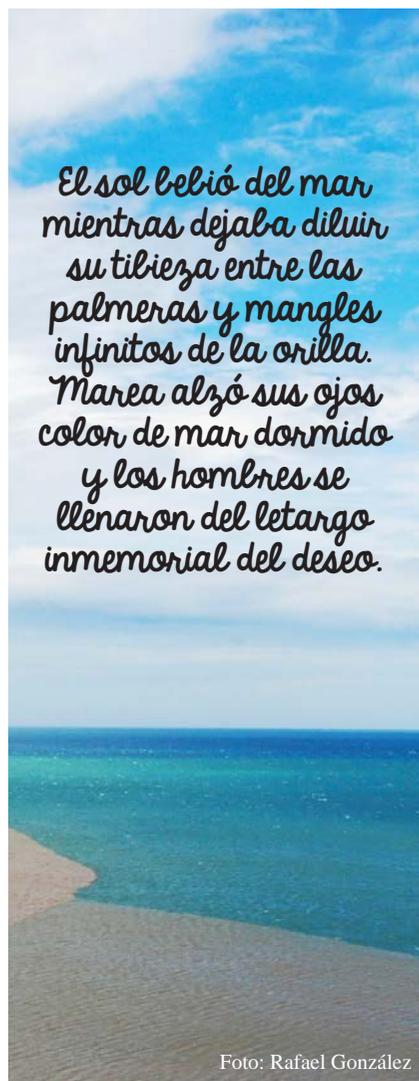
Todavía la botella de ron blanco rodaba pausada entre las manos nudosas de los pescadores del Viento, mientras el sol tibio daba el último beso al horizonte para alzarse tranquilo a ese cielo azul de estrellas conocidas. La lancha era veloz y eso los salvó.

Dejaron la costa, y un poco mar adentro, cuando ya se divisaban los hoteles de Tolú y el cansancio se disipaba con el calor del ron y los ánimos como que volvían a sus puestos, el mar empezó a rebelarse y todos los ojos se clavaron en las enormes burbujas que empezaron a estrellarse contra la superficie esmeraldina, que levantaron a las aguamalas a muchos metros del agua. Los Alcatraces remontaron vuelo y las raudas gaviotas chillaron asustadas. Era como si algo dormido en las entrañas desconocidas del mar, despertara reventando los caracoles y removiendo las medusas y sargazos. La lancha se ladeaba como en mar embravecido.

Entonces sus ojos no dieron crédito a lo que ahora veían y que después contarían siempre.

No le digo que el hombre más alto del puerto, ayudado por una vara de puyar cocos no alcanzaba a tocarle los dientes de la parte de arriba. La gente duró 15 días dándole hacha, porque sus músculos eran pura fibra, manteca y cebo. Unos cachacos ricos de Medellín lo compraron y llenaron tres camiones con él.

Usted no me va a creer, nosotros tampoco lo creíamos. Esos muchachos están vivos por pura suerte, dicen que uno no muere la víspera si no el día. Mire,



los hombres caminaban por su lomo como por una carretera. Nadie ni los más viejos pescadores conocieron ese monstruo, nunca habían visto animal semejante, nunca lo vieron ni lo soñaron. Algunos decían que era cachalote enrazado con ballena, que era un tiburón ballena, enrazado con cachalote, en fin, nadie dio con su naturaleza y todo el mundo lo llamó “la fiera”. Salió del fondo del mar y sus enormes fauces parecían la entrada de una enorme cueva, sus blanquísimos dientes eran como troncos tallados. A los muchachos les tocó soltarles la provisión. Los sacos repletos de marimba se los tragaba como quien se traga una pastilla, eso lo entretuvo y les dio tiempo para ganar la playa. El monstruo seguía detrás, pero como era tan enorme quedó encallado en la bahía y la lancha se deslizó por la arena como treinta metros fuera de la mar.

Cuando ese animal nadaba a flor agua, producía olas altísimas que anegaron todo el pueblo, ahogando cerdos y gallinas, y los autos de los turistas quedaron volteados debajo de los palos de mangos. La gente pensó que era un maremoto, que el mar se salía de su lecho, que el final del mundo había llegado. Cuando todo se calmó, la gente pudo ver al enorme diablo dando coletazos contra el mar y levantando el agua que caía como lluvia sobre los techos de las casas y las palmas de la orilla. Lo primero que le abrieron fue la panza, los muchachos recuperaron sus sacos y pudieron entregar completa la carga.

Eso que usted ve allí, es sólo una vértebra de la fiera. Y si lo cuenta y no lo creen, que vengan aquí a Tolú a ver las mesas para jugar dominó que hicimos con sus huesos, y que ahora que hay presagios de sol, están tranquilas debajo de los mangos frondosos de los patios de las casas esperando las manos callosas de los viejos para olvidar en el rodar de las fichas, el miedo y el peligro que siempre ronda en la mar.